

cuarenta y cuatro años. El verdugo mostró la cabeza desde un extremo del cadalso, diciendo:—¡Dios salve á la Reina!—y el Deán Fletcher gritó desde el otro lado:—¡Así perezcan todos sus enemigos!—Solo el infame Conde de Ken se atrevió á contestar:—¡Amén!

Echaron un paño negro por encima del cuerpo, y horas más tarde, cuando volvió el verdugo para recoger los sangrientos despojos, oyó algo que gemía y se agitaba junto al mismo cuerpo, y debajo del fúnebre paño... Tiró de él con verdadero espanto, y encontró al falderillo de la Reina, que olvidado de todos y escondido entre las ropas de su señora, habíase deslizado entre el tronco y la cabeza, y lamía la sangre y aullaba tristemente.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO



EPÍLOGO

CONTRISTA el ánimo y le aflige, recorrer la larga serie de desventuras de la Reina de Escocia, y aun llega á indignarse, al encontrar al fin de la jornada, abatida su noble figura y su santa causa, y orgullosa y triunfante la repulsiva de Isabel y su herética Iglesia Mas

... no es buen juzgador quien juzga
Sin notar todo el proceso,

y si los días del impío son largos, su muerte es cierta y viene en un punto. Por eso es justo examinar esta última página del proceso de Isabel, y comparar vida con vida, muerte con muerte, y, á lo que puede colegirse, destino eterno con destino eterno.

Sobrevivió Isabel á María Estuardo poco más de trece años, y durante ellos vió la bastarda halagada su soberbia con el engrandecimiento de Inglaterra, y saciadas sus pasiones con la larga serie de favoritos, que sin disputas ni controversias le señala la historia: Leicester, Flatton, Walter Raleigh, Pickering, Carlos Blount, y el Conde de Essex Roberto Devreux.

Enamoróse Isabel de este último, cuando tenía él veintiún años y ella cincuenta y cinco, y tan desvergozado era el mozo y tan crédula la vieja, que en el entusiasmo de sus monstruosos amores, le escribía él y le creía ella. «Esperaba esta mañana temprano, que mis ojos vieran la dicha de ver la belleza de V. M.... No se oscurezca el divino poder de V. M., como no se ha oscurecido su belleza, la cual ha llenado el mundo de esplendor... ¿Cómo hubiese podido vivir lejos de V. M. acostumbrado á verla cabalgar como Alejandro, cazar como Diana, andar como Venus, mientras que un suave céfiro hacía flotar sus hermosos cabellos alrededor de sus blancas mejillas cual á una ninfa; y á considerarla sentada á la sombra como una deidad, ya cantando como un ángel, ya tocando la lira como Orfeo?»

Essex fué el único de los favoritos de Isabel que pudo dominar en algo el ánimo de aquella

mujer atroz, cuya soberbia inmensa no tenía más punto flaco que su carne; y sucedióle al fin, lo que á los domadores de fieras, que acaban por dejar la vida entre las garras de la pantera domesticada, un día que ésta se rebela, ó de la hiena que baila, en un momento en que la fiera se cansa.

Explotaba Essex sin decoro los seniles amores de la Reina: mas las libertades que se tomaba el joven, hacían sacar á cada paso las garras á su enamorada hiena, y un día, en pleno Consejo, como hubiese Isabel negado á Essex cierta gracia, volvióla éste la espalda groseramente. Saltó la bastarda de la silla, como si se hubiese revuelto en sus entrañas toda la venenosa sangre de Enrique VIII, y dióle un gran bofetón en el rostro, gritando exasperada:—*Go and be hanged!*—¡Anda á que te ahorquen en otra parte!

Mas escrito estaba que á Essex habían de ahorcarle allí mismo, y harto ya de las repugnantes caricias de aquella Dido de sesenta y ocho años, fuése á pelear á Irlanda contra su voluntad de ella, y volvióse cuando le plugo, sin su permiso, lo cual irritó de tal manera á Isabel, que con harta benignidad para su carácter, mandóle arrestar en su propia casa. Exasperóse Essex con el castigo, y en su in-

solente cólera, llamó á Isabel *vieja ridicula*; y esta verdad tan patente á los ojos de todos, menos á los de la propia dama, con ser tan perspicaces, despertó en su vengativo ánimo uno de esos odios repentinos y pasajeros, que nacen del amor celoso ó ultrajado, y son en sus prontos, los más intensos y temibles de los odios.

Una vez en guerra declarada los dos amantes, llegó Essex de locura en locura hasta conspirar contra la Reina, y echarse á las calles de Londres para promover una sedición, y derribar á su rival en el poder Roberto Cecil, hijo del otro Cecil, Gran Tesorero. Apagada, sin embargo, la sedición y desarmados Essex y los suyos, fué el ingrato favorito encerrado en la Torre de Londres, juzgado por un tribunal de Pares, y condenado á muerte... Entonces comenzó Isabel á sentir real y verdaderamente las vacilaciones y angustias que había fingido años atrás, cuando se trató de firmar la sentencia de María Estuardo. Por tres veces firmó la del Conde de Essex, y otras tantas volvió á revocarla, luchando entre su amor que resucitaba y su orgullo que no moría, y esperando siempre alguna señal de arrepentimiento, alguna palabra humilde ó mensaje sumiso del amado reo, para concederle el amplio y absoluto per-

dón, que en el fondo de su degradada alma, le tenía ya concedido.

Años atrás, en los tiempos más felices de sus amores, habíale dado Isabel á Essex un rico anillo, encargándole que en cualquiera circunstancia apurada en que se viese y se lo enviara, tendría al punto concedido, bajo su palabra de Reina, cuanto fuese su deseo. Este anillo era el que esperaba Isabel hora por hora y minuto por minuto, con ansiedad siempre creciente y angustia que la mataba. Mas el anillo no venía; era esto señal de que Essex no se humillaba, y en un momento en que el orgullo herido y la soberbia irritada prevalecieron en el ánimo de la Reina, sacó la pantera las garras del todo, firmó la sentencia de muerte, y el hermoso favorito fué decapitado en la Torre de Londres, á los treinta y cinco años, el 25 de Febrero de 1601.

Desde entonces, poseída Isabel de mortal tristeza, arrastróse, más bien que vivió, por todos sus palacios sin permanecer más de un mes en ninguno, y ni volvió á prestar atención seria á los negocios, ni hubo para ella placer ni distracción alguna. Sombría y más feroz é irritable que nunca, veíasela vagar sola por lugares apartados, y encontrábasela á menudo derramando copiosas lágrimas. Decayeron sus fuer-

zas visiblemente al cumplir los setenta años, y á principios de Febrero de 1603, trasladóse de Westminster al castillo de Richmond, que era una de sus residencias favoritas. El 13 de Marzo, estando la Reina en su cámara, sola con Lady Isabel Spelman, dama de honor de guardia aquel día, avisáronla que la Condesa de Nottingham, dama de honor también, que seguía la corte y estaba en el castillo, se hallaba moribunda por repentino accidente, y pedía con grandes ansias ver á la Reina antes de morir, para confiarla secretos de importancia. Era esta Condesa de Nottingham, mujer del gran Almirante de Inglaterra Carlos Howard, muy privado de la Reina, y llena ésta de curiosidad, dirigióse con Lady Spelman á las habitaciones de la Condesa.

Entró la Reina en la alcoba de la moribunda, y quedóse la Spelman en la habitación vecina aguardando. Mas de allí á poco resonaron grandes gritos dentro, y oyó la dama distintamente los groseros juramentos que solía emplear Isabel en sus arrebatos de cólera. Abrió asustada la puerta, y vió á la Nottingham hundida en el lecho, cadavérica casi, y á la Reina delante, de pie, desencajada también por la cólera y la rabia, y con los brazos extendidos hacia la moribunda como si quisiese estrangularla. En el

momento de entrar, decía la Reina con el más furioso encono:

—¡Podrá Dios perdonaros; pero yo no os perdonaré nunca!... ¡nunca!...

Y barbotando esta horrible palabra ¡nunca! ¡nunca! y babeando de furor y tan ciega por la ira que tropezó con Lady Spelman y la arrastró tras sí brutalmente agarrándola por la gorguera y pinchándose con los alfileres, huyó á sus habitaciones como si las furias le hubiesen devuelto su vigor y sus fuerzas, y allí se dejó caer sobre una alfombra, mesándose los cabellos y dando gemidos que parecían más bien furiosos ecos de impotente rabia.

Aquella misma noche murió la Nottingham, y comenzó á correr, por el palacio primero, y por la ciudad después, y por la historia más tarde, el secreto que reveló á la Reina en su lecho de muerte.

El Conde de Essex no había muerto impenitente, ni despreciando el perdón de la Reina. Lejos de eso, habíase humillado á ésta, enviándole el anillo que había de ser para él prenda de perdón. Mas quiso su desgracia que diese este encargo á la Condesa de Nottingham, y esta mujer, obligada, según unos, por su marido, enemigo implacable de Essex, ó impulsada, según otros, por propios y amorosos resen-

timientos, guardóse el anillo, calló la embajada, y dejó morir al infeliz Conde desesperado, y renegando injustamente de la palabra y la misericordia de Isabel.

Herida ésta de muerte por aquella revelación inesperada, no volvió á levantarse del tapiz en que se había echado. Trajéronle unos cojines y en ellos se reclinó, y pasados los primeros transportes de ira y de rabia, quedóse allí mismo, inmóvil y silenciosa, poseída de esa sombría desesperación que infunde en los ánimos soberbios el pensamiento fijo y constante de las cosas que pudieron ser y por nuestra culpa no fueron, y que ya no tienen remedio.

Diez días y diez noches pasó en aquel mismo sitio, como idiota, sin pronunciar palabra ni variar de postura, chupándose sin cesar un dedo de la mano izquierda, siempre el mismo, con los ojos desencajados y fijos en el suelo. Á veces daba gritos por el ardor horrible de estómago que la atormentaba: mas rechazaba las medicinas y rechazaba también los alimentos, y sólo bebía de vez en cuándo, con dolorosa ansia, algunos sorbos de agua pura. Veíasele morir, y rodeábanla sus damas aterradas, sin osar acercársele mucho, temiendo los ímpetus de sus terribles iras, como se teme la proximidad de una pantera enferma, mientras puede

extender la potente zarpa. Acercósele el Arzobispo hereje de Cantorbery para exhortarla á implorar la misericordia divina; y la Reina movió por dos veces la cabeza, y balbuceó otras tantas, sin sacarse el dedo de la boca.

—¡Ya hago!... ¡Ya hago!

Y sin una palabra de arrepentimiento, ni de perdón que pidiese, ni de consuelo que le fuera menester, se apagó su existencia lentamente, en aquella misma postura, al amanecer del jueves 24 de Marzo.

Así murió Isabel, y así cayó su negra alma en lo eterno, donde uno de sus mayores tormentos fué sin duda, contemplar la gloria de María Estuardo en el cielo.

FIN